

«Gustavo Bueno es uno de los filósofos españoles más importantes del siglo xx. Su obra es fundamental para entender la filosofía contemporánea en España». FERNANDO SAVATER

GUSTAVO BUENO

MATERIALIZANDO LA FILOSOFÍA



ALBERTO ESTEBAN MUÑOZ

SEKOTIA

ALBERTO ESTEBAN MUÑOZ

*Gustavo Bueno
Materializando la
filosofía*

SEKOTIA

SEKOTIA

www.sekotia.com

@sekotia

© ALBERTO ESTEBAN MUÑOZ, 2025

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2025

Primera edición: noviembre de 2025

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

SEKOTIA • COLECCIÓN REFLEJOS DE ACTUALIDAD

Editor: HUMBERTO PÉREZ TOMÉ ROMÁN

Maquetación: MIGUEL ANDREU

info@almazaralibros.com

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

IMPRIME: Gráficas La Paz

ISBN: 978-84-19979-46-9

Depósito legal: CO-1966-2025

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

ÍNDICE

CAPÍTULO 1. GUSTAVO BUENO MARTÍNEZ: BREVE SEMBLANZA BIOGRÁFICA	15
CAPÍTULO 2. FILOSOFÍA, ¿SOLO HAY UNA?	25
CAPÍTULO 3. ESPAÑA, ¿QUÉ ES?	55
CAPÍTULO 4. FUNDAMENTALISMO DEMOCRÁTICO; EL MITO DE LA IZQUIERDA Y EL MITO DE LA DERECHA	75
CAPÍTULO 5. FUNDAMENTALISMO RELIGIOSO. ¿SALVÓ DIOS A LA RAZÓN?	91
CAPÍTULO 6. FUNDAMENTALISMO CIENTÍFICO: LA PÁTINA QUE, SUPUESTAMENTE, A TODO HACE BRILLAR....	105
CAPÍTULO 7. ¿TODO ES CULTURA? ¿EXISTE LO QUE NO APARECE EN LA TELEVISIÓN?	143
CAPÍTULO 8. LA FELICIDAD, ESA CÁSCARA VACÍA DEL HUEVO. ÉTICA, MORAL Y POLÍTICA; EL SENTIDO DE LA VIDA	161
CAPÍTULO 9. ETNOLOGÍA Y BIOÉTICA	175
CAPÍTULO 10. EPÍLOGO: MATERIALISMO FILOSÓFICO, SISTEMATICIDAD Y CRÍTICA RADICAL DEL SABER	191

**«PENSAR ES PENSAR
CONTRA ALGUIEN»
GUSTAVO BUENO MARTÍNEZ**

Unos meses antes de su muerte, Gustavo Bueno Martínez (1924-2016) señaló la conveniencia de dirigir los «cañones dialécticos» —como él solía llamarlos— contra el fundamentalismo científico, con el propósito de desenmascarar su artificio y mostrar que la ciencia, lejos de constituir un oráculo infalible, es solo un cierre categorial restringido que no puede aplicarse a toda la realidad.

¿Cuáles fueron, si es que los hubo con anterioridad, los objetivos de aquellos cañones dialécticos de precisión? ¿Y tras el fallecimiento de Bueno? Pues, bien, esta obra pretende recopilar un semblante del pensamiento de Gustavo Bueno, así como de la Escuela de Filosofía de Oviedo que sigue desplegando sus alas nacional e internacionalmente. Trataremos de dar cuenta de los mitos oscurantistas en torno a España, a la Democracia, a la Religión, a la Ciencia, a la Cultura, a la Felicidad y a otras cuestiones no menores que se trituraron y trituran desde las coordenadas del Materialismo Filosófico (nombre del sistema filosófico desarrollado por Bueno y la Escuela), porque como decía incansablemente, «Los filósofos tienen que triturar también para entender y poder convertir las cenizas de lo real en el humus de una floración nueva».

«Gustavo Bueno es la persona con quien he mantenido una amistad más larga e intensa. Es sin duda la persona, el amigo, a quien más debo intelectualmente. He aprendido muchísimo de su acuidada capacidad mental, de su enorme capacidad dialéctica, de la universalidad de sus intereses. Aún cultivando él la filosofía y yo la filología eran continuadas las conversaciones entorno a mis propias disciplinas. Pero a la vez él me enseñó muchísimo en el arte de argumentar, en el arte de testar falsedades, en la dialéctica en suma.»

Fernando Lázaro Carreter

«Bueno es uno de esos filósofos que sabe combinar la claridad con la profundidad, algo que pocos logran en nuestra época».

Gonzalo Torrente Ballester

«Leer a Gustavo Bueno es adentrarse en un pensamiento profundo y riguroso. Sus análisis sobre la sociedad y la política son de una lucidez extraordinaria.»

Antonio Escohotado

«Gustavo Bueno ha construido un sistema filosófico sólido que desafía muchas de las convenciones establecidas. Su materialismo filosófico es una contribución imprescindible.»

Javier Sádaba

«La influencia de Gustavo Bueno en el pensamiento crítico y en la filosofía es incuestionable. Su legado continúa siendo un punto de referencia para muchos estudiosos.»

Joaquín Robles López

«Gustavo Bueno ha sido un maestro en el más amplio sentido de la palabra. Su capacidad para el análisis crítico y su vasto conocimiento han dejado una huella imborrable en la filosofía española.»

Pedro Insua

«Gustavo Bueno ha sido un referente en la filosofía española, una mente lúcida que nos obligaba a replantearnos muchas de nuestras certezas.»

Julia Otero

«Con Gustavo Bueno, la filosofía adquiría una dimensión de combate. Era un gladiador de las ideas, siempre dispuesto a desafiar y cuestionar lo establecido.»

Fernando Sánchez Dragó (Periodista):

«Gustavo Bueno era un pensador que te hacía cuestionar lo incuestionable, siempre con una elegancia intelectual que lo distinguía.»

Jesús Quintero

Unos meses antes de su fallecimiento, Gustavo Bueno Martínez (1924-2016) insistió a su hijo mayor, Gustavo Bueno Sánchez, en la conveniencia de orientar los «cañones dialécticos» (como solía llamarlos) contra el llamado fundamentalismo científico, con el fin de examinar críticamente sus supuestos y mostrar que no existe una Ciencia en singular que pueda erigirse en tribunal absoluto del conocimiento, sino una pluralidad de ciencias, cada una con su propio cierre categorial y su alcance limitado.

¿Cuáles fueron, si es que los hubo con anterioridad, los objetivos de aquellos cañones dialécticos de precisión? Esta obra recorre los principales frentes a los que se dirigió, a lo largo de décadas, la filosofía elaborada por Bueno y denominada materialismo filosófico: desde la crítica a los mitos políticos y culturales hasta el análisis de la religión, la ciencia, la democracia o la idea misma de España. Su propósito no es compendiar un sistema cerrado, sino ofrecer una panorámica viva del pensamiento de Gustavo Bueno y de la Escuela de Filosofía de Oviedo, que continúa su labor crítica dentro y fuera de España. Porque, como él mismo recordaba, los filósofos no se conforman con contemplar el mundo: también deben tritularlo para entenderlo y convertir las cenizas de lo real en el humus de una floración nueva.

CAPÍTULO 1

GUSTAVO BUENO MARTÍNEZ: BREVE SEMBLANZA BIOGRÁFICA

Gustavo Bueno Martínez nació el 1 de septiembre de 1924 en Santo Domingo de la Calzada, una localidad riojana situada en el Camino de Santiago, donde, según la leyenda jacobea, un gallo y una gallina cantaron tras haber sido asados. Su padre, Gustavo Bueno Arnedillo, ejerció como médico en la ciudad calceatense, además de forense de la comarca, siguiendo la tradición de su propio padre, Santos Bueno Roqués. Su madre, María Martínez, también procedía de una familia con arraigo en la profesión médica. Los primeros años de su vida transcurrieron en compañía de sus hermanos María de los Ángeles, María Teresa y Fernando, así como de su tía Ángeles Bueno Arnedillo, que le introdujo en la formación musical. También ejercieron influencia en ese entorno familiar su tío Leoncio Martínez, capellán castrense con quien sostuvo tempranas controversias filosófico-religiosas, y su tía Mercedes Martínez.

Su primera formación reglada en Santo Domingo tuvo lugar en el colegio de las monjas franciscanas de Montpellier, donde no pasó inadvertido un dibujo suyo en el que aparecían unas

religiosas colgadas boca abajo, inspirado en las narraciones de su padre sobre la Revolución Mexicana, de la que este había sido testigo. Entre los hitos de aquellos años cabe recordar el incidente en el que, al lanzar una botella de cristal contra un gato, se provocó una grave herida en la pierna que lo mantuvo seis meses postrado en la cama y estuvo a punto de costarle la vida, de no ser por los tratamientos médicos derivados de la experiencia bélica a los que pudo acceder gracias a su tío Leoncio. Durante ese prolongado reposo desarrolló el hábito y el gusto por la lectura. Esto lo impulsó a acceder en secreto a los libros de Voltaire, Spinoza y Anatole France, custodiados bajo llave por su padre y que llevaba a misa ocultos en un devocionario, para sorpresa del notario que pensaba que aquellos «latinajos» revelaban en el joven una vocación sacerdotal.

Su formación continuó en Zaragoza, en el instituto Goya, donde coincidió con compañeros que conformarían la llamada generación del bachillerato de oro, entre ellos Fernando Lázaro Carreter, Manuel Alvar y Constantino Láscaris. Fue también en este periodo cuando, siendo todavía adolescente, su padre lo llevó a presenciar autopsias, explicándole con detalle la anatomía humana con el propósito de que continuara la saga médica familiar; sin embargo, el intento resultó infructuoso, pues el misterio de lo desconocido se desvaneció demasiado pronto. Años más tarde repetiría la misma experiencia con su primogénito, Gustavo Bueno Sánchez, con idéntico resultado. En las aulas del instituto recibió las enseñanzas de Rafael Ibarra Méndez, catedrático de Ciencias Naturales, cuyas lecciones sobre las excepciones a las reglas científicas despertaron en él un temprano interés por la lógica y la filosofía.

Al llegar a los años cuarenta cursó Filosofía y Letras en Zaragoza y Madrid. Allí tuvo como profesor a Eugenio Frutos, (quien ejerció determinante influencia ya en el Instituto Goya) figura determinante para orientar su vocación. En un ambiente universitario donde dominaba el tomismo, algunos estudiantes

buscaban otras corrientes de pensamiento, y Bueno participó de esas búsquedas en círculos discretos. En 1947, con apenas veintitrés años, alcanzó el grado de doctor con la tesis titulada *Fundamento formal y material de la moderna filosofía de la religión*, dirigida por Santiago Montero Díaz. Durante estos años su entorno intelectual estuvo marcado por las tensiones propias de la posguerra y la influencia del Instituto Luis Vives del CSIC, donde se forjaba una parte esencial de la filosofía española de la época.

Llegamos así a la trayectoria docente de Bueno en Salamanca en 1949, al ganar la cátedra de Filosofía en el instituto femenino «Lucía de Medrano». Allí ejerció durante más de una década, asumiendo pronto responsabilidades directivas: fue jefe de estudios y director del centro. Aquellos años cincuenta estaban aún dominados por el nacional catolicismo franquista, lo que imponía en la educación secundaria un férreo control ideológico (presencia constante de capellanes, asignaturas de doctrina católica, actos religiosos obligatorios). Bueno, de convicciones no religiosas, hubo de proceder con cautela para encajar en ese marco, máxime ostentando el cargo de director. En paralelo, participó en los cauces oficiales del régimen: dirigió el Seminario de Formación del Frente de Juventudes y un Centro de Estudios Políticos del SEU universitario, integrándose en las estructuras falangistas educativas de la época. Su labor docente destacó por la innovación dentro de los límites permitidos. Por ejemplo, elaboró libros de texto de Filosofía para bachillerato que fueron publicados por la editorial Anaya de Salamanca. Estos manuales oficiales obtuvieron el *nihil obstat* eclesiástico sin problemas gracias a la coautoría clerical de su tío Leoncio en la primera de las publicaciones, pero incorporaban contenidos poco habituales entonces (nociones de lógica simbólica, referencias de antropología cultural, etc.). Así, Bueno equilibró la adhesión formal al currículo católico con una apertura pedagógica moderada, impulsando iniciativas

como audiciones musicales en el instituto y conferencias culturales para alumnas y docentes, pese a la oposición inicial de sectores más conservadores (padres de alumnas, autoridades religiosas). Todo ello le granjeó un prestigio singular entre sus colegas de claustro, dado que la asignatura de Filosofía gozaba de un estatus especial en el bachillerato de entonces (era materia obligatoria en los cursos finales y el profesor tenía incluso el encargo de pronunciar el discurso anual en la festividad de santo Tomás de Aquino).

Durante su estancia en Salamanca, Gustavo Bueno compatibilizó su labor en el instituto con la enseñanza superior, llegando a impartir cursos especiales de Lógica matemática en la Universidad de Salamanca. Ello le permitió integrarse en la vida universitaria local: frecuentaba bibliotecas y seminarios, y trabó relación con profesores e investigadores de la Universidad sin barreras estamentales apreciables. Formó parte de círculos intelectuales como la revista *Theoría*, que reunía a pensadores interesados en la historia y fundamentación de la ciencia (Miguel Sánchez Mazas, Rey Pastor, García Bacca, Ferrater Mora, Carlos París, entre otros). En esa línea, Bueno orientó sus primeros trabajos filosóficos a la epistemología (teoría del conocimiento) y a lo que él llamó *noetología*, un proyecto personal para investigar las estructuras del pensamiento humano desde una perspectiva dialéctica no reducida al psicologismo. Buscaba así superar la influencia de la psicología en la lógica y otras disciplinas, inspirándose en las distinciones *husserlianas* entre *noesis* (actos de pensamiento) y *noema* (contenidos objetivos). Fruto de estas inquietudes, presentó en 1955 una ponencia pionera sobre las «categorías noemáticas» en la teoría de la ciencia psicológica, publicada ese año en *Theoría*, y acuñó el término noetología para referirse a esa búsqueda de leyes universales del pensamiento lógico material. Al mismo tiempo, Bueno participaba en las tertulias y debates universitarios

con plena libertad de cátedra, algo posible incluso en el régimen franquista dentro del ámbito universitario. Convivía en un colegio mayor con jóvenes intelectuales como Enrique Tierno Galván, José A. Oneca o, su amigo desde Zaragoza, Fernando Lázaro Carreter, y nadie vigilaba sus discusiones nocturnas sobre filosofía, ciencia o política. En una de esas reuniones, a petición de Tierno, Bueno le facilitó su ejemplar del *Tractatus de Wittgenstein*, texto que Tierno traduciría y publicaría en 1957 (anticipando la recepción española de la obra de Wittgenstein). En el plano personal, esta década salmantina fue igualmente significativa: allí contrajo matrimonio con Carmen Sánchez Revilla, con quien formó una familia numerosa (llegarían a tener cinco hijos).

En 1960, obtuvo por concurso de oposición la cátedra de Historia de la filosofía y de los sistemas filosóficos de la Universidad de Oviedo, cerrando así esta fecunda etapa salmantina y vinculándose a la universidad ovetense durante casi cuatro décadas, hasta su jubilación en 1998. En las primeras décadas de su etapa ovetense, Gustavo Bueno coincidió con el final del franquismo y la transición a la democracia. La universidad, amparada por el principio de libertad de cátedra, ofrecía un entorno relativamente plural donde pudo emprender sus proyectos intelectuales con mayor autonomía que en la enseñanza media. Desde Oviedo comenzó a publicar libros y a articular de forma sistemática sus ideas, que hasta entonces solo habían aparecido en artículos dispersos. Uno de sus primeros hitos fue la publicación de *El papel de la filosofía en el conjunto del saber* (Ciencia Nueva, 1970), un encargo de la editorial Ciencia Nueva para dar respuesta a la obra de Manuel Sacristán *El lugar de la Filosofía en los estudios superiores* (Novaterra, 1968) y que fue, sin duda, el comienzo, en España, de un debate teórico de extraordinaria importancia, en el centro del cual latía la pregunta ¿qué es la Filosofía? desde una concepción de la práctica.

En 1968 sufrió un atentado contra su persona mientras impartía clase en la Universidad de Oviedo. Un desconocido llamó a la puerta comunicándole que debía atender una llamada urgente; al salir al pasillo, le arrojaron un bote de pintura roja sobre la cabeza, que pudo dejarlo ciego, y lo golpearon. El episodio se inscribía en el clima de confrontación ideológica que todavía dividía a sectores del comunismo español entre el bloque prosoviético y el maoísta, divisiones que tenían eco en los departamentos universitarios.

En 1972 apareció *Ensayos materialistas*, obra clave donde expone su ontología materialista que distingue distintos géneros de materialidad (un núcleo teórico de su sistema que abordaremos en el capítulo 2). Con este libro, Bueno se presentó ante la comunidad filosófica con una voz propia, reivindicando una filosofía rigurosa y sistemática en contraposición tanto al positivismo dominante como a ciertas corrientes marxistas dogmáticas de la época. En el prólogo de *Ensayos materialistas* dejó clara su postura: reconocía que sus ideas podían parecer «excesivamente abstractas y alejadas de los problemas urgentes» del momento, y que algunos militantes politizados podrían tildar su obra de «puramente académica». De hecho, llegó a ser acusado por ciertos críticos de mistificador o domesticador de Marx, reprochándole aislarse en el *ghetto* de la academia en lugar de propugnar una filosofía revolucionaria de masas. Bueno respondió a estas críticas defendiendo la necesidad de la reflexión filosófica de alto nivel: «La inspiración de estos *Ensayos* no es otra sino la de colaborar a la constitución de una *Filosofía académica materialista*», afirmó, consciente de que el materialismo filosófico debía construirse con rigor académico y no limitarse a consignas simplistas. Esta toma de posición coincidió con un momento cultural en España en que se debatía el papel del intelectual: mientras muchos reclamaban compromiso inmediato con la realidad política (era la época de la efervescencia ideológica en la Transición),

Bueno reivindicaba la importancia de elaborar un sistema filosófico sólido que, a la larga, ofreciera herramientas críticas para comprender esa realidad. En febrero de 1976, el grupo de extrema derecha GAE incendió su vehículo (un Land Rover) en Oviedo. Aunque el acto no tuvo víctimas, fue considerado un atentado debido a su intención política y el contexto de amenaza a intelectuales en la Transición española.

A partir de entonces, Gustavo Bueno fue ampliando las aplicaciones de su filosofía a múltiples campos, a menudo en diálogo crítico con las transformaciones de la sociedad española. Bueno dirigió parte de su atención filosófica a temas como la religión, la ciencia y la cultura, siempre desde la perspectiva materialista. En 1985 publicó *El animal divino*, un extenso ensayo de filosofía de la religión en el que reinterpretó la idea de Dios y lo sagrado. A mediados de los noventa, en plena era de globalización cultural, dio a la imprenta *El mito de la cultura* (1996), donde criticó la noción relativista de cultura vigente en el discurso público. Simultáneamente, Bueno contribuyó activamente al debate sobre la ciencia con su *Teoría del Cierre Categorical* (cinco tomos publicados entre 1992 y 1993) que constituyó un ambicioso proyecto de filosofía de la ciencia. Dos años más tarde, en 1996, apareció *El sentido de la vida*, recopilando sus reflexiones sobre ética y filosofía moral, un tema perenne al que aportó claridad en medio de la secularización de la sociedad española. El devenir político de España tampoco le fue ajeno. Tras la caída del bloque soviético y con la evolución del régimen democrático, Bueno analizó críticamente las ideologías emergentes (*Primer ensayo sobre las categorías de las ciencias políticas*, Biblioteca Riojana 1991). En los años 90 reflexionó sobre la identidad nacional española frente a la integración europea, plasmándolo en libros como *España frente a Europa* (Alba, 1999). Ya entrado el siglo XXI, polemizó sobre la esencia de las categorías de izquierda y derecha políticas (conceptos que consideró en buena medida «mitos» en dos

ensayos publicados con gran repercusión) y cuestionó los dogmas de la llamada democracia realmente existente en textos sobre el fundamentalismo democrático.

Rescatemos algunos reconocimientos, tanto de amigos como de adversarios, que en esta década reafirman la idea de que Gustavo Bueno no dejaba indiferente a prácticamente nadie. En 1994, el Ayuntamiento de Santo Domingo de la Calzada lo distinguió con el título de Hijo Predilecto de la ciudad. En su discurso señaló: «No hay momento más importante en la vida de un ciudadano que aquel en el cual está siendo proclamado Hijo Predilecto de la ciudad en la que nació, y en la cual nacieron sus padres y sus abuelos. El honor que hacéis recaer sobre mis espaldas trasciende, por tanto, a ellos, y no solo como antepasados biológicos sino espirituales, porque el honor que me concedéis no es a un individuo aislado, sino a una cadena de generaciones (...) En una época en la cual el escepticismo o el fanatismo avanza cada vez con más fuerza, el racionalismo se nos muestra como un valor imprescindible. Y el racionalismo filosófico del que hablo no significa ateísmo, ni implica la negación de la fe de nadie, sino el esfuerzo por construir obras y discursos trabados y duraderos, que son el verdadero patrimonio de los pueblos. Esta es la bandera que debemos llevar escrita en letras mayúsculas, como método para trazar el mapamundi que necesitamos, cada cual desde su puesto, y yo desde el de filósofo».

En 1995, la ciudad de Oviedo lo reconoció como Hijo Adoptivo. Así lo expresó él mismo: «Creo haber demostrado las razones por las cuales me siento orgulloso, con orgullo no vulgar, al haber sido nombrado Hijo Adoptivo de Oviedo. Para un meteco que vino a esta ciudad hace casi cuarenta años, atraído por su prestigio histórico, terminar siendo reconocido como hijo suyo por ella, no puede haber orgullo mayor ni, por tanto, mayor gratitud a quienes han sido causantes de este orgullo, a vosotros. He dicho».

En 1996 le concedieron la Medalla de Asturias en su categoría de plata acompañada de estas palabras: «Habiendo construido el más original pensamiento de filosofía española contemporánea nos cabe el honor a los asturianos de que Gustavo Bueno piense en las categorías más universales desde la región española que Salvador de Madariaga consideró más “europea” (expresión, esta última, que el propio Bueno tildó de tópico infundado)».

Más allá de sus libros, Gustavo Bueno dejó una impronta institucional notable. En 1978 fundó la revista *El Basilisco*, una publicación filosófica dirigida a difundir y discutir las tesis del materialismo filosófico, que atrajo a colaboradores y discípulos formando lo que se conoce como la Escuela de Filosofía de Oviedo. Décadas más tarde, adaptándose a los nuevos tiempos, impulsó también la revista digital *El Catoblepas* (a partir de 2002) donde él mismo publicó numerosos artículos y «rasguños» filosóficos de actualidad. En 1997 se creó la Fundación Gustavo Bueno, con sede en Oviedo, para promover estudios y actividades en torno al materialismo filosófico. Al año siguiente, la Universidad de Oviedo lo jubiló de manera inesperada, sin comunicación expresa previa, lo que sorprendió tanto a él como a los alumnos que se habían matriculado para seguir recibiendo su magisterio. Ante la negativa institucional a que impartiera una última clase en el aula, aceptó la propuesta de sus discípulos de ofrecerla en las escaleras de la Facultad de Filosofía, en un acto cargado de simbolismo que marcó el final de su etapa docente universitaria.

Bueno continuó publicando, impartiendo conferencias y participando en debates públicos prácticamente hasta el final de su vida. Gracias a su presencia en medios de comunicación (prensa, radio y televisión) su figura se hizo conocida por un público amplio más allá del ámbito universitario. Supo así llevar el discurso filosófico a la arena pública, ganándose fama de pensador incisivo y polémico por sus intervenciones en temas candentes.

El 7 de agosto de 2016, a los 91 años, dos días después de fallecer su esposa, Carmen Sánchez Revilla, Gustavo Bueno falleció en Niembro (Asturias). Su vida recorrió casi un siglo de historia española, dejando como herencia un sistema filosófico estructurado y ambicioso: el materialismo filosófico. Desde sus primeros años en La Rioja hasta sus últimos textos, supo entrelazar docencia, investigación y debate público. Cada década de su trayectoria refleja no solo un avance personal, sino un diálogo constante con el contexto histórico en que le tocó vivir, siempre con la filosofía como arma crítica y sistemática.

CAPÍTULO 2

FILOSOFÍA, ¿SOLO HAY UNA?

Los cañones dialécticos de Gustavo Bueno apuntan aquí hacia la propia filosofía. No disparan para destruirla, sino para despejar la niebla de tópicos que la reducen a mero adorno cultural o a ejercicio retórico sin función. Como el basilisco, cuya mirada obliga a replantearlo todo, Bueno dirige la filosofía contra sí misma (en la medida en que se dirige contra determinadas corrientes y concepciones de la filosofía) para mostrar su lugar en el sistema de los saberes y su potencia crítica frente al cientificismo, el dogmatismo o la metafísica. ¿Podemos hablar de Filosofía en general o cabe definir desde qué filosofía se aborda la comprensión de la realidad? ¿Solo hay una Filosofía o hay varias? Tratemos de averiguar cómo se respondió a esta cuestión nuclear desde la que podremos abordar el resto de capítulos.

Gustavo Bueno abordó esta pregunta clásica partiendo de la premisa fundamental según la cual no existe una única *philosophía* unívoca, sino múltiples concepciones en conflicto. Antes que postular una esencia eterna de la filosofía como el típico «amor a la sabiduría», Bueno desentrañó los usos divergentes del término y tomó partido por uno de ellos. En sus obras,

notablemente en *¿Qué es la filosofía?* (Pentalfa, 1995), distingue cuatro modos principales de entender la filosofía, cada uno con rasgos y funciones propias, a saber: la filosofía «dogmática» o escolástica, la filosofía «histórica» (doxográfica o académica en sentido tradicional), la filosofía «adjetiva» o genitiva (inmanente a la vida cotidiana y a las disciplinas particulares) y la filosofía «crítica» (entendida como saber de segundo grado, sistemática y dialéctica). Adelantaremos ya que la posición del propio Bueno, el materialismo filosófico, se encuadra deliberadamente en la modalidad crítica. Solo distinguiendo estos diferentes ámbitos semánticos cabe responder con propiedad qué es la filosofía, evitando reduccionismos unilaterales. Bueno muestra así que la cuestión sobre qué es la filosofía no tiene una respuesta universal, sino varias e incompatibles entre sí, ligadas a distintas autoconcepciones de la labor filosófica. Por tanto, aclarar estos usos no es un ejercicio ocioso, sino una taxonomía necesaria «que podría servir a todos, no ya para unirse, sino para enfrentarse conociendo mejor las líneas de frontera del enemigo». Solo después de situarnos en esa cartografía conceptual podremos entender por qué Bueno reivindica su modo de hacer filosofía frente a otros modelos. A continuación, expondremos cada concepción y la crítica que sobre ellas ejercieron los cañones dialécticos, para concluir con el modelo en que se inscribe el materialismo filosófico como filosofía crítica de nuestro tiempo.

Filosofía dogmática o escolástica: Bajo este rótulo, Bueno entiende la filosofía sistemática que se autorrepresenta como una doctrina cerrada, fundada en primeros principios absolutos e intemporales, a salvo de las fluctuaciones del presente. Es, por así decir, una filosofía concebida como saber definitivo, aunque se admita su desarrollo interno en comentarios o escuelas. La filosofía deja de ser aquí mero «amor al saber» para reclamarse ella misma como saber, generalmente con pretensión de universalidad y obligatoriedad. Históricamente, las

expresiones paradigmáticas de esta filosofía dogmática han sido, según Bueno, la filosofía tomista escolástica (instaurada desde la Edad Media y vigente en España hasta buena parte del siglo XX) y el diamat (materialismo dialéctico soviético) en las décadas de auge de la URSS. En ambos casos la filosofía aparece articulada como un sistema doctrinal sólido, socializado a gran escala: un saber filosófico oficial, enseñado como verdad inmutable u ortodoxia. Por ejemplo, en la España del nacional-catolicismo la filosofía primero escolástica y luego neoescolástica tomista se impuso en los planes de estudio como saber obligatorio, concebida poco menos que antesala de la teología revelada. De modo análogo (salvando las distancias ideológicas) el diamat marxista-leninista se instituyó como cosmovisión filosófica oficial en la educación superior de los países comunistas, presentando al materialismo dialéctico como cúspide del saber. Ahora bien, Bueno subraya que esta hegemonía de la filosofía dogmática es indisociable de su función instrumental al servicio de poderes externos. En efecto, tanto en la escolástica tomista (filosofía subordinada a la fe religiosa: *ancilla Theologiae*) como en el diamat (filosofía al servicio de la conciencia revolucionaria del Estado socialista), la primacía educativa otorgada a la Filosofía dependía de su utilidad ideológica para legitimar un orden práctico. La filosofía dogmática resulta así heterónoma: no se valora por su búsqueda intrínseca, sino por garantizar ciertos valores absolutos (la Verdad revelada, la emancipación proletaria...) que trascienden la libre crítica. Esto la convierte, según Bueno, en un componente político efectivo. De hecho, la escolástica en la España franquista distó de ser ociosa: estuvo implantada políticamente, con un cuerpo de profesores funcionarios rigurosamente seleccionados para sostener la ortodoxia oficial. Del mismo modo, el diamat funcionó como filosofía de Estado en regímenes comunistas, perdurando institucionalmente incluso después de caído su soporte (el caso de Cuba, citado por Bueno,

donde a finales del siglo XX se debatía todavía el lugar de la filosofía marxista en la educación). La crítica de Bueno a esta concepción dogmática es doble. Por un lado, señala su dependencia extra filosófica: su lugar determinante en la educación se motiva en realidad por esos fines religiosos o políticos superiores, lo que la convierte en ideología encubierta. Por otro lado, y a pesar de su pretensión intemporal, la filosofía dogmática acaba lastrada por el presente mismo que quería excluir. En la práctica, para no anquilosarse totalmente, estos sistemas terminan incorporando a regañadientes contenidos novedosos provenientes de las ciencias o corrientes contemporáneas, a costa de resquebrajar su unidad doctrinal. Así ocurrió con la escolástica franquista, que hubo de digerir la lógica simbólica moderna, la teoría de la evolución o la antropología cultural, resistiéndose su consistencia. Del lado opuesto, el diamat derivó a menudo en simplificaciones monistas que identificaban metafísicamente *Materia y Proceso universal*, cayendo en lo que Bueno denomina mundanismo (confundir la categoría filosófica de materia con la totalidad del mundo empírico). En suma, la filosofía dogmática tiende a auto hipostasiarse como verdad permanente, pero en realidad opera como soporte ideológico de un poder o una fe, y acaba por perder vitalidad crítica. Bueno reconoce, eso sí, que su influencia histórica ha sido enorme (baste pensar que la propia estructura de la enseñanza de la filosofía en España, con cátedras y manuales, nació al calor de la escolástica neotomista); mas esa influencia tuvo lugar a costa de subordinar la filosofía a un *terminus ad quem* externo (sea Dios o la Revolución), y por tanto traicionando su posible ejercicio autónomo.

Con la erosión de las filosofías dogmáticas a lo largo del siglo XX, otra figura pasó a ocupar el primer plano: la filosofía «histórica» o doxográfica, identificada ante todo con la Historia de la Filosofía como disciplina académica. En este modo, la Filosofía se concibe principalmente como el cuerpo

doctrinal pretérito (las obras de Platón, Aristóteles, Tomás, Descartes, Kant, Marx, etc.) sobre las que se realiza un trabajo histórico-filológico de interpretación, comentario y sistematización erudita. La pregunta por el lugar de la filosofía se transforma, entonces, en la pregunta por el lugar de ese legado histórico en la educación presente. Bueno destaca que esta concepción permite sortear momentáneamente las divisiones doctrinales: dentro de la historia de la filosofía caben todas las corrientes y autores reconocidos (idealistas o materialistas, teístas o ateos) del mismo modo que un museo de fósiles incluye todas las especies extinguidas, sin tomar partido teórico por ninguna. La filosofía realmente existente se identifica así con el canon histórico de los filósofos consagrados. De hecho, afirma irónicamente Bueno, estudiar filosofía suele equivaler ni más ni menos a estudiar historia de la filosofía, es decir, adquirir mucha doxografía. No hay un saber positivo llamado filosofía (como sí lo hay en matemáticas o química) que pueda enseñarse desligado de las doctrinas históricas: nadie puede aprender filosofía en abstracto, del mismo modo que se aprende una ciencia, ni cabe tener vocación por algo que no existe sustantivamente. Esta perspectiva, nacida ya en la época moderna cuando las viejas escolásticas perdieron su hegemonía (Bueno recuerda el antecedente de Thomasius en 1665, proponiendo sustituir las disputas escolásticas por investigaciones históricas), se consolidó en la universidad contemporánea. No en vano, toda universidad de cierto nivel cuenta con departamentos dedicados a la historia del pensamiento filosófico, formando a profesores e investigadores especializados (Bueno 1995, 64). Así, la autoimagen predominante del filósofo académico hoy es la del historiador de la filosofía. Este modelo tiene la virtud de preservar el rico acervo filosófico del pasado y de situar la enseñanza de la filosofía en un terreno relativamente neutro (los profesores, en principio, exponen las ideas de Platón o Kant más que sus propias opiniones). Sin embargo,

Bueno subraya sus limitaciones. Ante todo, la filosofía histórica corre el riesgo de la esterilidad creadora: suele renunciar a construir nuevas doctrinas, conformándose con glosar las antiguas. De hecho, se espera que un profesor universitario publique artículos sobre Aristóteles o Hegel, pero no que elabore un sistema original (esa expectativa prácticamente ha desaparecido). Además, la acumulación erudita tiende a desvincularse de las preocupaciones efectivas del presente: se estudian las polémicas de hace siglos, mientras las cuestiones vivas (científicas, morales, políticas) pueden quedar fuera del radar filosófico académico. Bueno señala: muchos filósofos profesionales proclama la crisis o la inutilidad de la filosofía, sin aclarar de cuál hablan, mientras disciplinas humanas como la psicología o la sociología invaden el currículo; pero estas disciplinas, a su vez, arrastran componentes ideológicos nada desdeñables. Es decir, desbancar a la filosofía por supuesta inconsistencia mientras se absolutizan sociologías o psicologías de moda es un autoengaño: esas ciencias particulares frecuentemente cumplen ellas mismas funciones sucedáneas de la filosofía, ofreciendo visiones globales del hombre o la sociedad. En este sentido, la misión crítica de la filosofía quedaría precisamente en examinar aquellas disciplinas supuestamente autosuficientes, revelando sus supuestos ocultos y su carácter a veces ideológico. Por tanto, limitar la filosofía a su historia es abdicar de su potencia de juicio sobre el presente. Gustavo Bueno incide además en que la pretendida neutralidad filológica es ilusoria: todo historiador de la filosofía interpreta desde cierto sistema implícito. En la introducción de *La metafísica presocrática* (Pentalfa, 1974) advierte que hay una relación *dioscúrica* entre la historia filosófica y la historia filológica de la filosofía: el filósofo-historiador adopta unas coordenadas conceptuales desde las que da sentido a los textos antiguos, mientras que el filólogo puro desconfía de cualquier sistema y pretende ceñirse al documento. Pero esta neutralidad absoluta es imposible y, de

lograrse, sería estéril: sin ideas filosóficas orientadoras, la mera erudición se convierte en un inventario ciego de cuentecitos (como decía Platón de los presocráticos). Bueno, pues, reconoce la función de la historia de la filosofía (de hecho él mismo era un gran conocedor de la tradición), pero insiste en que la filosofía como tal no puede agotarse en la exégesis retrospectiva. La filosofía académica convertida en pura historia termina por convertirse en un museo de las ideas muertas, incapaz de intervenir en las vivas. Y aun para la enseñanza, reducirla a historia es problemático: ¿qué sentido tiene reivindicar un lugar para la Filosofía en la educación si no se determina qué filosofía (qué línea doctrinal) se va a enseñar? Hablar genéricamente de la filosofía suele encubrir la coexistencia de posiciones irreducibles. Así, la filosofía histórica proporciona un terreno común aparente (el pasado), pero el verdadero debate sobre la naturaleza y misión de la filosofía queda aplazado o eludido.

Frente a ello, en las últimas décadas del siglo XX ha cobrado fuerza una concepción difusa pero muy influyente que Bueno denomina filosofía adjetiva o genitiva, es decir, la filosofía entendida en sentido *lato sensu*, inserta en distintas esferas de la vida cotidiana o del saber especializado. Se llama «adjetiva» porque suele presentarse en expresiones del tipo «filosofía de X» (donde X puede ser casi cualquier actividad, técnica o institución humana): hablamos así de «filosofía de la medicina», «filosofía de la empresa», «filosofía de vida» de una persona, etc. Según Bueno, subyace aquí la idea de que en las prácticas y experiencias ordinarias del presente latén ya principios filosóficos, sin necesidad de separarlos en un sistema formal. La filosofía se concebiría como emanación natural de la cultura vigente, en lugar de una disciplina autónoma y especializada. Ejemplos pintorescos ilustran esta perspectiva: se ha dicho que en la técnica de los espejos está prefigurada la idea de la conciencia especulativa; en la proyección de sombras, la metáfora idealista del conocimiento; en el tejido de los telares, la noción

de entrelazamiento ontológico; o que la simple moneda acuñada anticipa la teoría platónica de las Ideas, del mismo modo que esculpir una estatua anticipa la doctrina hilemórfica aristotélica. Si bien estas correspondencias tienen algo de juego erudito, ejemplifican la tesis de que la filosofía no sería un saber exento ni abstracto, sino consustancial a las actividades humanas concretas. En la práctica contemporánea, la filosofía adjetiva se manifiesta en la proliferación de discursos filosóficos en ámbitos empresariales, políticos o personales: desde directivos que resumen la filosofía de su empresa en unos valores, hasta manuales de autoayuda que proponen una «filosofía de vida» saludable. Muchos profesores de filosofía miran con recelo o sorna estos usos (como si solo ellos tuvieran derecho al rótulo filosófico), tildándolos de trivializaciones. Sin embargo, Bueno advierte que esta tendencia adjetiva no obedece necesariamente a un «odio a la filosofía» o afán de acabar con ella; al contrario, a menudo nace del deseo de vivificarla, de acercar la reflexión a lo concreto y hacerla relevante para la gente común. En lugar de mantener la filosofía en la torre de marfil académica, se la integra en el flujo de la vida social. Ahora bien, este enfoque tiende a negar que la filosofía deba tener un lugar institucional específico. Si toda práctica lleva implícita su filosofía, ¿para qué profesores o departamentos de filosofía? Históricamente, señala Bueno, algo así ocurrió en España cuando la enseñanza de la ética fue absorbida durante décadas por la asignatura de Religión (en época franquista), dejando a los profesores de filosofía relegados a la lógica y la historia de la filosofía. Tras 1978 la ética laica volvió tímidamente a manos de los filósofos en bachillerato, pero siempre con disputas sobre su alcance. En general, la concepción adjetiva difumina las fronteras: cualquiera, en principio, puede filosofar desde su experiencia, sin necesidad de entrenamiento especializado. Para Bueno, esta democratización tiene un lado positivo —impide que la filosofía se osifique en cotos cerrados—,

pero también entraña peligros. El principal es la trivialización: no todo discurso sobre el mundo merece el estatuto de filosofía rigurosa. De hecho, sostiene Bueno, una exposición filosófica seria puede y debe expresarse en lenguaje natural accesible (no en jerga técnica incomprensible), pero jamás renunciando a la argumentación rigurosa y sistemática (lo contrario sería un «sucedáneo de la filosofía»). En otras palabras, la divulgación filosófica legítima ha de trasladar al público las mismas razones y construcciones conceptuales que maneja en el taller académico, solo que depuradas en su presentación; si en cambio se contenta con proclamas vagas u opiniones arbitrarias revestidas de filosofía, entonces degenera en ideología corriente. De ahí que Bueno considere que muchos productos publicitados como filosofía (desde discursos *new age* hasta eslóganes empresariales) son más bien gramáticas ideológicas que pensamiento filosófico propiamente dicho. Con todo, invita a los filósofos profesionales a no despreciar sin más el estudio de esos usos ordinarios del término filosofía: analizarlos sociológicamente puede revelar las ideas nuevas o inquietudes que anidan bajo ellos. En suma, la filosofía adjetiva supone una reacción comprensible contra la filosofía académica abstrusa o desentendida del mundo: quiere traer la reflexión al ágora cotidiana. Pero si se absolutiza, corre el riesgo inverso de diluir la filosofía en la mera opinión o en la moda intelectual de turno, privándola de capacidad crítica. Esta tendencia anti-institucional, señala Bueno, a veces se enarbola bajo la bandera de «matar a la filosofía» (como saber elitista) para salvar el filosofar vivo; mas, paradójicamente, puede acabar dejando a la sociedad sin un órgano reflexivo capaz de cribar críticamente esas mismas filosofías mundanas espontáneas. Porque las ideologías y creencias populares se regeneran continuamente «como las ondas que, al pasar por las rendijas de una pantalla, vuelven a recomponerse», dice Bueno ilustrándolo con el principio físico de Huygens, y solo un pensamiento sistemático puede someterlas

a examen una y otra vez. En palabras del propio Bueno, «la labor de crítica y trituración de las ideas ordinarias constituye la tarea recurrente propia de la filosofía en las sociedades democráticas del presente». Si nadie asume esa función catártica, añade, las creencias dominantes conservarán intacto su poder, o peor, otras pseudo-filosofías ocupantes (cientismos dogmáticos, espiritualismos de moda) lo ejercerán sin oposición.

El panorama anterior prepara el terreno para la propuesta que Gustavo Bueno defiende: la filosofía crítica. Este término puede prestar a confusión (¿acaso toda filosofía genuina no es crítica en algún sentido?), pero Bueno lo define con precisión dentro de su sistema de alternativas. La filosofía crítica, tal como él la concibe, confluye inicialmente con la filosofía adjetiva en un punto: está inmersa en el presente, se nutre de las formas de experiencia y conocimiento actuales, no vive de espaldas a su época. Pero a diferencia de la concepción adjetiva (que se reconcilia con el presente tal cual es), la filosofía crítica adopta frente a él una actitud de distanciamiento y superación: no se limita a reflejar las ideas circulantes, sino que pretende someterlas a examen racional y, si es posible, rebasar sus limitaciones. En esto entronca formalmente con la filosofía sistemática tradicional (la escolástica, por ejemplo, también aspiraba a un sistema doctrinal coherente); sin embargo, la filosofía crítica no se define por un contenido dogmático fijo, pues en principio podría haber filosofías críticas idealistas, materialistas, escépticas, etc. Lo que la caracteriza es más bien un método dialéctico: en lugar de absolutizar una doctrina y excluir todas las demás, opera confrontándolas, disolviendo sus pretensiones cuando son infundadas, y construyendo su propio edificio teórico de manera abierta, siempre dispuesto a la polémica. Dicho de otro modo, la filosofía crítica es partidista (toma partido por determinadas tesis), pero a la vez reconoce la permanencia de posiciones rivales y acepta medirse constantemente con ellas (no es un partidismo sectario o ciego,

sino dialéctico). Su aspiración no es instaurar una nueva ortodoxia intangible, sino ejercer de canon racional en medio de la pluralidad. Bueno recurre a un símil pedagógico: así como en una sociedad culta existe una orquesta sinfónica nacional que marca un nivel de excelencia musical aunque la mayoría de ciudadanos no la escuche a diario, del mismo modo una sociedad necesita un núcleo de filosofía crítica que, sin ser universal ni popular en audiencia, eleve el listón intelectual general y actúe como instancia rectora. En la práctica, esta filosofía ha de institucionalizarse de algún modo (por ejemplo, en la educación superior), pero sin caer en la autocomplacencia gremial: su legitimidad proviene de la calidad de sus análisis, no del reconocimiento burocrático. ¿Y en qué consiste esa calidad? Principalmente, en su capacidad crítica respecto de los saberes y mitos del presente. La filosofía crítica, dice Bueno, «no podría menos que proponerse, como objetivo inmediato, la trituration de los mitos oscurantistas que acompañan a las otras formas de filosofía». Aludíamos antes a esta función catártica: desenmascarar ideas confusas, fetiches ideológicos, creencias sacralizadas, mostrando sus contradicciones o su vacío. Pero no se trata de una crítica puramente negativa. La filosofía crítica debe también proponer un sistema positivo de ideas, «un saber más o menos firme en torno a ideas muy definidas», porque de lo contrario su crítica sería estéril («una filosofía crítica, entendida al margen de cualquier contenido doctrinal, es una filosofía vacía: es el filosofar erístico entendido en su más radical reducción psicológica» advierte). Esto significa que toda filosofía crítica concreta adoptará ciertas tesis sustantivas (sobre la idea de mundo, de hombre, de verdad, de justicia, etc.), sin las cuales no puede juzgar nada. La diferencia con la filosofía dogmática es que la crítica está siempre dispuesta a revisar esas tesis si otra perspectiva muestra ser más poderosa explicativamente. Es, como decíamos, una construcción abierta y dialéctica, no cerrada y autocrática. Por ejemplo, una filosofía crítica

materialista y una idealista compartirán el método de confrontación racional, pero diferirán en sus lealtades de fondo; cada una criticará sin tregua los supuestos de la otra. ¿Cabe reconciliación? Bueno cree que no hay que esperarla: «ninguna [filosofía] tiene por qué tener una capacidad tal de *convictio* que sea capaz de eclipsar a las demás». La propia naturaleza de segundo grado de los contenidos filosóficos (reflexiones sobre reflexiones) favorece la multiplicidad de sistemas coexistentes, generalmente en conflicto. Por tanto, la filosofía crítica asume un escenario plural y polémico como hábitat normal. Su unidad no es monolítica sino «polémica», articulada precisamente contra las otras alternativas.

Llegados aquí, es posible delinear en qué consiste la filosofía del propio Gustavo Bueno, a saber, el materialismo filosófico, y por qué él la presenta como una filosofía crítica en el sentido expuesto. Bueno tomó partido explícitamente por una filosofía materialista de nuevo cuño, a la que dedicó la mayor parte de su obra. En *Ensayos materialistas* (Taurus, 1972) afirmaba que la inspiración de esos ensayos era «colaborar a la constitución de una filosofía académica materialista», algo que hasta entonces «no existía más que en estado embrionario». En efecto, a su juicio la filosofía académica de su tiempo seguía dominada por corrientes idealistas o espiritualistas, mientras que el materialismo sobrevivía sobre todo al margen de la academia (en círculos políticos, en la ciencia, o reducido a divulgación ideológica). El único gran intento histórico de articular un materialismo doctrinal había sido el diamat soviético; pero, como ya vimos, Bueno lo consideraba lastrado por un desarrollo dogmático y simplista, «colindante muchas veces con el monismo metafísico» y moldeado por las circunstancias burocráticas de la URSS. Su propio proyecto buscaba evitar esos escollos: construir un materialismo crítico y verdaderamente filosófico, no meramente ideológico. ¿Qué caracteriza, pues, al materialismo filosófico de Bueno? En primer lugar, su postura

ontológica y gnoseológica: es materialista porque niega la existencia de realidades incorpóreas o espirituales separadas («es materialista quien no reconoce la posibilidad de vivientes incorpóreos» resume Bueno), afirmando que todo cuanto existe ha de inscribirse en la trama material del mundo. Esta definición, claro está, no implica un reduccionismo fisicalista burdo; de hecho, la ontología del materialismo filosófico distingue distintos géneros de materialidad que explicaremos más detalladamente avanzado este capítulo (materia física o M1, orgánico-psicológica o M2, y objetiva-cultural o M3) en interacción. Al rechazar el espiritualismo, Bueno no pretendía eliminar la riqueza de lo humano (ciencia, arte, ideas), sino integrarla en una concepción del mundo sin apelación a entidades supra naturales. En segundo lugar, el materialismo filosófico se apoya metodológicamente en las ciencias positivas del presente. No es una especulación desligada del saber científico, sino que toma los resultados de las ciencias, técnicas y saberes empíricos contemporáneos como materia prima de la reflexión filosófica. Siguiendo la terminología de Bueno, la filosofía materialista opera por análisis regresivo sobre la conciencia cultural del presente: parte de los hechos y teorías científicas, políticas o artísticas actuales, y regresa desde ellos a las Ideas transcendentales que los estructuran. Por ejemplo, parte de la biología moderna para reconsiderar la Idea de organismo, o de la física actual para replantear la Idea de materia. Esto enlaza con la tercera característica: el materialismo filosófico reivindica la gran tradición ontológica de la filosofía. Donde muchas corrientes del siglo XX proclamaban la muerte de la Metafísica o reducían la filosofía a simple análisis lingüístico, Bueno defiende que es imposible prescindir de las preguntas ontológicas clásicas (sobre la totalidad, la causalidad, la estructura de la realidad), pues incluso las ciencias recurren a nociones de ontología implícita (causalidad circular, sistemas holísticos, etc.). Su filosofía se presenta así como un sistema que retoma esas